

## LA PSICOLOGÍA DEL *HOMO OECONOMICUS*

MIGUEL ÁNGEL ALONSO MELERO  
*Universidad de A Coruña*

El profesor Schwartz pretende en ésta obra justificar sus convicciones liberales acudiendo a argumentos varios procedentes de la economía, la sociología, la política y en ocasiones de la propia psicología. Sus conclusiones, en síntesis, apuntan hacia la necesidad de que existan las condiciones de competencia y libertad adecuadas para que *cada uno* pueda realizar sus proyectos de acuerdo con sus deseos. El *escenario liberal ideal* puede no ser compartido por todos, sin embargo presenta unas mayores condiciones de neutralidad, aunque también ciertos inconvenientes.

Si el pensamiento socialista surge como una reacción a los excesos que el incipiente capitalismo produce sobre los individuos –fundamentalmente trabajadores– en el ámbito occidental, no es menos cierto que la denuncia liberal contra la opresión estatal y/o totalitaria en nuestro siglo tiene también orígenes empíricos. F. A. Hayek, en su conocido *Camino de servidumbre* (1944) denuncia en esa obra dedicada “a los socialistas de todos los partidos” los excesos de la creciente intervención estatal y el peligro que supone el ascenso de los totalitarismos en Europa.

Esto viene a cuento porque cuando leemos algún texto, conviene siempre tener presente la distinción entre el ámbito de los hechos, de la realidad y aquel otro de las ideas. No podemos negar, sin embargo, la procedencia empírica de las mismas cuando nos encontramos dentro de las ciencias que estudian al ser humano tanto individualmente como dentro de la sociedad en su conjunto.

Podríamos encontrar, además, otro lugar más profundo dentro del individuo pensador, como es el de los *ideales*.

La obra que el profesor Schwartz nos presenta constituye un conjunto de ensayos que abarcan simultáneamente aquellos tres ámbitos. El autor defiende mediante argumentos más o menos elaborados la libertad como eje de la existencia humana. Mejor dicho, como elemento central de la *actividad económica humana*. Porque P. Schwartz pone el acento en la *libertad económica* y a lo largo de la obra podemos descubrir su *cosmovisión* de economista. El sistema capitalista, sus modos, características, resultan ser un perfecto escenario para la competencia, también para el logro de ambiciones personales, materiales..., pero resulta cuando menos insuficiente suponer que el móvil humano es únicamente *el objetivo económico* aislando de la persona otras consideraciones más elevadas desde otros puntos de vista.

Ese marco ideal de las doctrinas sobre el *orden social* o sobre el *orden económico* presenta sin embargo grandes dificultades para ser observado en la realidad. La actividad humana y la dificultad de mantener unos comportamientos *excelentes y virtuosos* con duración en el tiempo, parecen ser los mayores problemas para que en la realidad, las teorías, las doctrinas funcionen en la práctica.

La experiencia democrática española reciente —por señalar un ejemplo próximo— nos demuestra que el asunto de las *ideologías* o las doctrinas de cada partido en el poder no se corresponde exactamente con la propia práctica política. Así, en una época socialista, pervive el más feroz capitalismo paralelamente al *Estado social* y los partidos conservadores emplean en su argumentación política la terminología que el propio Hayek condenaba en *La fatal arrogancia* (1990, 173 ss.) o palabras que llevan adosado el adjetivo “social” tales como “interés”, “alarma” y otras por el estilo. La propia alternancia —necesaria, por otro lado— en el poder, así como un cierto estilo de la acción democrática y que es permanente parecen limar las excesivas diferencias. Por otro lado, desmontar el *Estado del Bienestar* sin grandes conflictos sociales o políticos (con los consiguientes costes electorales) resulta cuando menos poco recomendable.

#### LA MANO INVISIBLE

Lejos de despreciar el papel que los empresarios promotores han tenido dentro del marco capitalista occidental como elemen-

tos centrales en el desarrollo económico y social, no podemos sin embargo dejar de lado la transformación profunda del escenario de los acontecimientos habida desde que Adam Smith formuló su conocido aserto de “la mano invisible”. Estamos de acuerdo con Baumol (1991, 17-18) en que “el hombre de negocios es simplemente humano y, así, sus inclinaciones morales en la esfera de su actividad se torcieron”. Para un *liberal-económico* resulta fácil entender la razón. Se trata de la *razón empresarial* que convierte al individuo empleado en un *coste de producción* más dentro de la unidad económica, y como tal, susceptible de ver alterada, cuando así lo requiere la cuenta de resultados, su participación en la misma. El capitalismo redujo a la persona, al individuo, a el simple papel de *factor trabajo* dentro de los procesos económicos.

Pedro Schwartz (p. 223) es consciente de “la contradicción entre la ética y la sociedad libre y la moral del *homo oeconomicus*.” Distingue Schwartz, consciente de los hechos, entre el egoísmo y el amor propio. El egoísmo constituye una degeneración de éste último. Pero a diferencia de Baumol, Schwartz (p. 221) muestra una visión “optimista” de ese supuesto proceso degenerativo. Es más, la correlación espontánea de fuerzas jugará a favor de que factores económicos, sociales, genéticos, pierdan importancia en el proceso:

«En general, el paso del tiempo, el librecambio y la tendencia genética hacia la media hacen que las rentas y los derechos adquiridos pierdan valor.»

La *visión*<sup>1</sup> de Schwartz, aunque muy sincera, coherente y fruto de profundas convicciones, tal y como nos demuestra en su obra, es sesgada. El individuo o pensador *liberal-económico* es, por pura definición, alguien con fe en sí mismo, a quien la vida ha tratado bien porque su esfuerzo se ha visto compensado y que espera lo mismo de los demás. Pero no olvidemos que esa *visión* es distinta para todos los individuos. Unos creen necesitar menos que otros de *los demás*, pero, independientemente del ideario que defendamos y de las condiciones más o menos favorables para la libertad, somos interdependientes y el liberal también precisa de los demás para realizarse en libertad. Los contratos espontáneos nos someten a esa interdependencia socio-económica. La máxima popular

<sup>1</sup> Entendida como un “acto cognoscitivo preanalítico”... “ideológico por definición”, tal y como lo definió J. A. Schumpeter.

“vivimos los unos de los otros” se puede pronunciar en clave liberal o en un tono más socialista, indistintamente.

Creo que uno de los axiomas que los pensadores *liberal-económicos* mantienen en su ideario, explícito en ocasiones (en la mayoría de las veces no, probablemente para no caer en dogmatismos) es la no creencia o sencillamente la indiferencia hacia una estructura de clases sociales estancas. Una vez que asumimos que la desigualdad no es un problema —cada cual será lo que quiera ser— lo que si se defiende como condición importante es una cierta igualdad en las “posibilidades de acceso” a la riqueza. Esas posibilidades y deseos de *promoción social* que cualquier individuo tiene a su alcance es algo que J. A. Schumpeter (1990, 23) definió con sutil lucidez:

«Marx falsificó, indudablemente, la verdadera psicología del trabajador (que se centra en el deseo de llegar a convertirse en un pequeño burgués y en el de servirse de su fuerza política para conseguirlo).»

Esta afirmación se ve refrendada en la corta pero ya intensa historia del capitalismo por la multitud de personajes que, desde situaciones miserables alcanzaron por su ejemplar esfuerzo la posesión de auténticos imperios económicos. Sin entrar a realizar valoraciones acerca del realismo de ese supuesto, es cierto que bajo regímenes socialistas o con gobiernos socialistas en democracias occidentales nacen y se desarrollan otro tipo de líderes, si bien éstos pueden llegar a manejar fondos públicos, algo que les otorga la responsabilidad y potestad de influir en los demás de otras maneras.

## EL “LAISSEZ FAIRE”

Dentro de ese *inmenso vacío* que el “dejar hacer” nos otorga puede surgir la pregunta del “y ahora, ¿qué *puedo* o qué *debo* hacer?”. Schwartz (pp. 94 y ss.) sitúa a todos los individuos en condiciones similares siempre que se permita la competencia, aunque reconoce que “en una sociedad liberal..., las diferencias de clase nunca desaparecerán completamente”.

Sin embargo no es asunto de los liberales el de la igualdad. Cada uno será lo que quiera —lo que pueda— ser dentro de ese *mare magnum* del mercado. El liberalismo es respetuoso con aquellos que quieren poseer más o ascender en la pirámide social,

pero también con los que desean llevar una vida más sosegada y placentera. El liberalismo económico es implacable, sin embargo, con aquellos *ociosos* que pretenden “chupar rueda” del sistema. La cruda sensación última que podemos percibir es que cada cual va a tener o a ser “lo que se merece” según su esfuerzo y su ambición.

Un tema escabroso y de difícil tratamiento resulta ser, por lo tanto, el de la *voluntad* o el de la *indolencia* individual. La capacidad *congénita* o *adquirida* de algunos individuos para triunfar en ese inmenso mar del *mercado* obteniendo de él algo más que los recursos que le permiten una mínima existencia contrasta con la imposibilidad de otros *no aptos* para esa lucha, bien por incompetencia o por propia decisión.

Lo que indudablemente ha cambiado ha sido ese escenario. Nos queda también la duda de que “el orden de mercado o catalaxia” del que Hayek nos habla en *El espejismo de la justicia social* y que el propio P. Schwartz defiende en la obra, presente unas condiciones favorables para el acceso de todos los aspirantes en unas condiciones similares. La tendencia al monopolio o la concentración empresarial, algo que favorecen sobremanera una política de precios muy agresiva en la oferta de bienes y servicios, ha dejado en la cuneta a numerosos aspirantes a empresarios. Ese mercado o “sociedad abstracta” de la que el propio profesor Schwartz nos habla<sup>2</sup> favorece sin duda al individuo como *consumidor* pero le perjudica seriamente como pequeño empresario o como *vendedor* de su fuerza de trabajo (en éste último caso constituyéndose únicamente como un factor de producción integrado en una unidad superior y que es la empresa).

Los elementos correctores de esa desventaja en la *parrilla de salida* pasan por una necesidad poco liberal y poco justa desde ese punto de vista como es el recurso a las subvenciones y ayudas de toda índole que precisan a su vez de *unos fondos públicos* cada vez mayores y a los cuales unos tienen acceso y otros, no. Esta constituye una de las mayores paradojas del libre mercado. Si es preciso que el estado asuma el papel de *igualar a los contendientes* para situarlos en condiciones de competencia, eso significa que algo no funciona dentro de ese orden espontáneo<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> El País, 26.04.97, p. 47.

<sup>3</sup> En un artículo titulado “Para encontrar oro hay que ser tonto” publicado en la revista *Actualidad Económica* de 07.10.1996, p. 3, José M<sup>a</sup> García-Hoz y en referencia a una subvención concedida por el Estado francés a Crédit Lyonnais, señala que “ayudar y subvencionar al incompetente, de hecho supone castigar al que lo hace bien, que es precisamente el que debería ser premiado.”

Es fácil, sin embargo, identificarse con la mayoría de los argumentos de Schwartz o de los pensadores liberal-económicos en general. El *miedo a la libertad* que poseen los defensores de otras opciones social-económicas puede constituir un obstáculo para los que no lo sienten, mientras el liberalismo es respetuoso con el individuo emprendedor, actor y protagonista responsable de su propia vida.

#### LA DENUNCIA A LOS SOCIALISTAS

Puede parecer desmesurada e incluso algo salida de tono la crítica que Schwartz realiza a los socialistas, a los que clasifica en seis tipos diferentes según su mayor o menor distancia a la perspectiva liberal. A pesar de realizar un cerco crítico alrededor de experiencias recientes (*La caída del Muro*) y sobre los reductos socialistas actuales, Schwartz (p. 239) reconoce que “...el socialismo no ha muerto.”

Por supuesto que no ha muerto. Mueren los hombres, pero no las doctrinas. Fracasan los hombres, pero no las doctrinas. Si asumimos los ámbitos que hemos citado al principio, debemos distinguir permanentemente entre las ideas y los hechos. Schwartz (p. 109) lo hace cuando separa el *Mundo 1* o mundo físico del *Mundo 3*, aquel otro de las ideas y los valores. Bien es cierto que en los últimos años, hemos asistido a situaciones poco propicias para la defensa del socialismo *en la práctica*, no sólo en aquellos países tradicionalmente socialistas del este europeo, sino en los gobiernos socialistas de las democracias occidentales, algo que pone en entredicho el mantenimiento de un Estado omnipresente (déficit público, corrupción, la creación de una *cultura de la subvención* como derecho universal, etc.) no sólo en las parcelas tradicionalmente reservadas a él, sino en otras más propias de la acción espontánea como por ejemplo la de la cultura. Existen terrenos tradicionalmente reservados a la creación espontánea. Estamos de acuerdo en que la extensión del Estado a prácticamente toda la actividad humana es peligroso, especialmente si se confunde la propia entidad estatal con el gobierno de turno. La aparición de una “cultura oficial”, por ejemplo es un hecho discriminador para el resto de los participantes, que tienen que desarrollar su actividad con recursos privados, morir, o acostumbrarse a solicitar ayudas.

“Los hombres somos demasiado variados para que sea posible fijar un fin común a la sociedad en la que vivimos” (Schwartz, pp.

235-236). Estamos de acuerdo, aunque también lo suficientemente diferentes como para no compartir las mismas ideas políticas, económicas, y es por ello por lo que no podemos esperar que todas las personas presenten el mismo nivel de voluntad para competir. Tampoco que todos tengan un mismo nivel cultural, económico, ni la misma procedencia social. Eso parece forzar las diferencias. La exquisita lucidez del intelectual liberal que solicita la figura del *individuo* como elemento central de las decisiones, como patrón-referencia de la existencia en sociedad tropieza, en su predicar, con una realidad de personas no preparadas para esa *acción individual* o, simplemente no dispuestas a correr riesgos. Mayoría que ha optado, por comodidad, por desconocimiento o por elección consciente a no participar en competiciones que le llevarían a peñaños superiores tradicionalmente reservados a *otros*.

El orden de mercado se basa, pues, en los diferentes accesos a la riqueza y a las distintas ambiciones, debido sobre todo a las desigualdades en el conocimiento, en los medios, algo que convierte a unos en empresarios y a otros en empleados, a veces no sólo por propia elección riesgo/no riesgo, si bien el socialismo se constituye en liderazgos cuyos soportes son, entre otros, la renuncia de *las mayorías* a ocupar puestos de responsabilidad sobre la gestión política de los recursos *públicos*.

Sin embargo, el talante liberal, por propia definición, y en reconocimiento a aquella pluralidad, ha de ser respetuoso con las ideas o *ideales* ajenos, y en particular de los que no tienen la doctrina liberal como ideología. Es preciso respetar la *visión* de la multitud de personas que creen en el socialismo, aunque el resultado práctico de sus creencias (fines comunes) pueda afectar a los no socialistas o a aquellos que no las comparten. El socialismo puede afectar al individuo no socialista por *inclusión* involuntaria de éste dentro de una dinámica coactiva no deseada, pero un orden de mercado turbio y falto de control puede afectar al individuo por *exclusión*, dejándole en la cuneta o separándole de cualquier actividad productiva por no apto o por elección ajena.

## EL PAPEL DEL ESTADO

Por eso, ese *mal necesario* que es el Estado parece ser el elemento compensador y regulador de tales excesos. El propio profesor Schwartz (p. 59) reconoce que esta institución “paradójicamente, resultó ser de importancia capital en la sociedad liberal de

los siglos XIX y XX". Y es que libertad y Estado parecen ir unidos, o, por lo menos, no es concebible la libertad de otro modo en sociedad. Sí lo sería en la isla de Robinson Crusoe.

Escribe Anisi (1995, 22) que "es sencillo comprender que los ricos traten de extender el mercado, los jerarcas traten de extender la jerarquía y los venerables traten de extender su sistema de valores". Podríamos añadir como continuación de lo anterior que aquellos que no tienen nada defenderán la existencia de un Estado que les proteja: "Sólo los ricos pueden permitirse un Estado pobre", escribió Jorge Riechmann.

A la vista del grueso e inagotable debate acerca de la dimensión del Estado, a dónde debe llegar, qué parcelas debe abarcar, quizá una de las más claras conclusiones a las que podemos llegar es que difícilmente existe una dimensión objetiva óptima del Estado. El *ogro filantrópico*<sup>4</sup> como así lo define Octavio Paz y lo recoge el propio Schwartz en el libro siempre resultará enorme para unos y escaso para otros. Los gastos e inversiones públicos constituyen la otra cara de la moneda de una presión fiscal que en las últimas décadas en España ha producido no poco desánimo, especialmente en los pequeños y medianos empresarios. Pero, a la vez que los liberales solicitan un Estado más reducido, la realidad nos dice que las necesidades también se amplían. Algo tan natural como el envejecimiento de la población europea puede llegar a constituir un desastre económico y social el próximo siglo si los gobiernos actuales no ponen en marcha los planes pertinentes en materia de pensiones y prestaciones sociales.

#### ¿PROBLEMA ÉTICO O ECONÓMICO?

Creo que por encima de la dimensión del Estado, se encuentra algo sobre lo que sospechosamente no se pone excesivo énfasis, y que es el *funcionamiento* óptimo de esas instituciones públicas y el *del público* respecto a los beneficios obtenidos de las mismas. La brecha abierta entre la política y la masa de votantes, el escaso control sobre los fondos públicos..., hacen que la alegría del gasto en unos presupuestos al alza contraste permanentemente con la desgana del contribuyente a la hora de tributar. La convivencia dentro del mismo ámbito socio-económico nos sitúa como sujetos económica y éticamente interdependientes. Si todos somos contri-

<sup>4</sup> Véase SCHWARTZ (1996): *Cinco Dias*, 23.09.96, p. 2.

buyentes para la financiación estatal y potenciales perceptores de sus prestaciones, deberíamos de ser conscientes del perjuicio que un uso fraudulento de nuestros derechos u obligaciones para con las entidades públicas produce de inmediato para *los demás*. El tratamiento y consideración del Estado y sus recursos como algo con personalidad propia y ajeno a cada uno de los ciudadanos hace que el propio individuo se mantenga frente a la administración como si de un enemigo se tratase.

En este sentido, Julia Barragan (1997, 84-86) emplea el término *autoexcepciones* para denominar aquellas “pequeñas excepciones a las normas que como el agua entre las piedras se va infiltrando de manera solapada, logrando horadar inadvertidamente los más sólidos cimientos”. En estos hechos el actor, no solamente se distancia del orden jurídico o social, sino que encuentra elementos suficientes para justificar su actitud y aún para considerarla legítima”.

Señala Barragán que de hecho, con estas acciones, se está proponiendo prácticamente un nuevo marco de legitimación y aunque a veces, las autoexcepciones constituyen faltas graves y delitos “poseen un enorme poder de seducción, y aun quienes no las practican, tampoco se sienten inclinados a condenarlas abiertamente, y en muchos casos tácitamente las toleran”.

Pero en definitiva, la postura que cada uno de nosotros adopte respecto del papel que debe desempeñar el Estado, dependerá, en última instancia, de algo tan ideológico como es la *propia visión del Mundo*, y, en particular, de la consideración y preocupación que cada cual sienta hacia la situación y problemática de *los demás*. De posiciones, en definitiva que adoptemos sobre cuestiones no únicamente económicas como la libertad, la igualdad y la justicia.

BIBLIOGRAFÍA

- Anisi, David (1995): *Creadores de escasez. Del bienestar al miedo*. Alianza Editorial.
- Barragán, Julia (1997): “El costo social de las autoexcepciones”, en Τέλος, *Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*. Vol. VI, nº 1, Junio 1997, pp. 83-107.
- Baumol (1991): *Mercados Perfectos y Virtud Natural. La Etica en los Negocios y la Mano Invisible*. Celeste Ediciones. Madrid, 1993.
- Hayek, F.A. (1990): *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*. Unión Editorial.
- Schumpeter, J.A. (1990): *10 Grandes Economistas: de Marx a Keynes*. Alianza Editorial.
- Schwartz, Pedro (1998): *Nuevos ensayos liberales*. Ed. Espasa.